



El escritor Jordi Puntí en el patio de la Librería Laie. ANTONIO MORENO

LITERATURA PUBLICACIÓN

SOÑADORES SIN SUEÑOS

Jordi Puntí vuelve a la ficción tras siete años de silencio con una colección de relatos que ya ha escalado en el 'ranking' de los más vendidos

LAURA FERNÁNDEZ BARCELONA

Jordi Puntí está persiguiendo su propio Moby Dick. Lleva años –cinco en total– tras los pasos de Xavier Cugat, el pianista catalán que revolucionó la música afrocaribañera. Incluso ha pasado un año en Nueva York, tomando notas, leyendo, visitando a diario la masodóntica biblioteca de la Quinta Avenida. En ese tiempo, su má-

quina de ficción no se detuvo. Siguió escribiendo cuentos, encargos para aquí y allá, que Empúries en catalán y Anagrama en castellano, han reunido en un volumen titulado *Esto no es América*, nueve piezas de cámara en las que se dan cita autoestopistas que nunca dejan de hacer autoestop, tipos que se enamoran de mujeres de las que oyen hablar mientras pasean al perro y otros tipos que, después de una discusión fatal con su mujer, se embarcan en un crucero del que a buen seguro esperan demasiado en vano.

¿Hay un hilo conductor en el volumen? «Supongo que el hilo conductor es mi mundo, que siempre acaba emergiendo», contesta Puntí. Y en su mundo los personajes no hacen otra cosa

que intentar encajar sabiendo de antemano que lo más probable es que no lo consigan. En su mundo, los sueños no se cumplen, las decepciones se acumulan, pero lo hacen sin acritud, como si formarían parte de una suerte de dulce condena del pasado. De ahí el título. «América representa todo lo contrario. El lugar al que vas a cumplir tus sueños. El presente constante, un sitio en el que pasado no importa porque no existe», argumenta el escritor. Otra cosa que son sus cuentos: viajes. «Son viajes, movimiento, pero a la vez, quietud, porque ocurre que los protagonistas a veces viajan mucho, como el autoestopista, o el marido que se va de crucero, pero en realidad se quedan quietos, no evolucionan, nada cambia pa-

ra ellos», dice.

Cuando se le pide que mencione a un escritor que le cambió la vida, menciona a J.D. Salinger. «Podría decir muchos, claro, pero el suyo es el primer nombre que me viene a la cabeza siempre. En concreto, sus *Nueve cuentos*. Fue leer el primero de todos, *Un día perfecto para el pez plátano*, y pensar que yo quería escribir así, que quería escribir como él, y de hecho, mi primer cuento, *Després de veure a la televisió que Heidegger ha mort* –incluido en su primera colección, *Pell d'armadillo*–, lo protagoniza un niño supuestamente superdotado al que envían a un colegio de superdotados, claramente inspirado en los hermanos Glass de Salinger», explica. Otra influencia clave es

Vladimir Nabokov, su fascinante estilo. Y, entre sus últimos descubrimientos, señala a Rachel Cusk, autora de *A contraluz* (Libros del Asteroide).

Sobre cómo se gestan sus relatos, Puntí asegura partir de pequeños detalles y seguir aquello que llama «el instinto fabulador». «Me atrae muchísimo la capacidad de fabular a partir de pequeños detalles, preguntarme, por ejemplo, qué pasaría si un ludópata que ha decidido dejar de jugar, coge un avión a Las Vegas, y sentarme a escribir», dice. Eso sí, en el momento en el que se sentara, ya sabría exactamente lo que va a pasar.

«Soy demasiado control freak como para dejarme llevar. En la única ocasión en la que lo he hecho ha sido precisamente en el último de los cuentos de este libro, que surgió, de hecho, como un ejercicio de improvisación, después de que me invitaran a cenar con dos familias distintas, de dos países distintos, con el fin de que escribiera un relato de la experiencia», admite.

Por último, si, después de todo lo dicho, aún pudiera añadirse algo más sobre lo que tienen en común los cuentos de *Esto no es América*, sería la clara apuesta por lo local. Más que nunca, Puntí quiere que se sepa desde donde escribe, y traza un mapa de Barcelona –pero también de Vic y, por qué no, de Las Vegas– que es toda una anomalía en su narrativa. «Es cierto que antes huía incluso de los nombres propios. Intentaba que pudiera parecer que mis protagonistas podían ser de cualquier parte y a la vez estar en cualquier parte. Y esta vez he apostado por localizar las historias. Sobre todo he apostado por Barcelona como paisaje literario, por ofrecer una mirada general de la ciudad que no ha conseguido ser tan cosmopolita como podría haberlo sido porque la burguesía le ha hecho perder su voluntad universal», añade.